

DE LA ALÉTHEIA A LA DOXA EN LOS ESTUDIOS DE OPINIÓN PÚBLICA

Fernando Ayala Blanco

No tener una idea y poder expresarla:
eso hace al periodista.
Karl Kraus

Pensadores como R. Calasso, K. Kraus, F. Savater, K. Young, entre otros, coinciden —en términos generales— que el término “opinión pública” se ha utilizado en forma muy vaga y se ha interpretado de manera muy diversa. Muchas veces este concepto no pasa de ser un estereotipo empleado por periodistas, escritores y políticos cuando discuten temas socio-económicos o político-electorales. No es casual que K. Kraus escribiera: “Los periodistas escriben porque no tienen nada qué decir, y tienen algo qué decir porque escriben”.¹ De modo que si la “opinión pública” es

¹ Karl Kraus, *Contra los periodistas y otros contras*, Madrid, Taurus, 1992, p. 40.

un término que puede ser interpretado de múltiples maneras, por nuestra parte intentaremos desvelarlo a través del accidentado paso de la *alétheia* a la *doxa*; poniendo en evidencia la falacia más común de la “opinión pública”: *la voz del Todo es la voz de todos... y de cada uno.*²

El concepto moderno de “opinión pública” se remonta a la Revolución francesa de 1789; momento en que los ideólogos de la revolución no sólo pretendían *difundir las luces*, es decir, formar las opiniones de un público más amplio; sino también sentar las bases para la irrupción de una democracia más abierta y extendida, que implicara un público generador de opiniones. La lucha por la igualdad, propia de la Revolución francesa, significó una revolución política, con una marcada proyección universal. Asimismo, los movimientos políticos que buscaron y lograron el respeto al derecho de opinión a partir de la prensa escrita, fueron también promotores de la Revolución francesa. Aun cuando la mayoría de los múltiples órganos pertenecía al gobierno o servía a sus intereses, hubo otras publicaciones que abiertamente se consolidaron como órganos de oposición. Por lo tanto, la Revolución francesa también es una lucha por el poder que se desarrolló a través de imágenes, palabras, frases u opiniones que aspiraron a “formar” o “deformar” la opinión pública; tal como sucede hoy en día.

Para ilustrar esta idea tenemos el ejemplo del artista francés Jacques-Louis David; al que Napoleón integra en su equipo de propaganda, nombrándole director de las Fiestas Republicanas. Louis David dirige a un grupo de pintores que inmortalizarían la efigie de Napoleón en cuadros de variados tamaños (tiene particular importancia el cuadro que pintó Louis David del emperador, donde aparece montando un caballo blanco y atravesando los Alpes). En este sentido la pintura es representativa de la propaganda del héroe nacional y, por lo mismo, formadora de opinión. Por ejemplo, en *El juramento de los Horacios*³ (1784-1785, 335x427 cm),

² Fernando Savater, *Panfleto contra el todo*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, p. 144.

³ Una discusión entre los pueblos de Roma y Alba amenazaban con desencadenar una guerra, así que se decidió que cada bando (los Horatii y los Curatii) enviaría a tres hombres para luchar por su ciudad. Después de la batalla solamente quedó un hombre con

Louis David dramatiza la escena con fines propagandísticos: todos los elementos del cuadro pretenden facilitar nuestra comprensión del drama; esto es, tres valientes romanos juran que morirán por su país. Cuando se pintó *El juramento de los Horacios*, la Revolución no estaba muy lejana, y el cuadro contiene una clara referencia a este hecho histórico.

Así pues, los estudios sobre la opinión pública y el significado técnico del término se dirigen en primer lugar a un público interesado en la cosa pública. El público al que nos referimos son ciudadanos que tienen una *opinión* sobre la gestión de los asuntos públicos, dentro de una comunidad política. Es decir, una opinión se denomina pública no sólo porque se difunde entre el mayor número de ciudadanos posibles, sino también porque afecta a materias y situaciones que son de *naturaleza pública*, por ejemplo, el interés general, el bien común, la justicia, la igualdad, etcétera.

Ahora bien, en este punto es importante distinguir entre el saber o ciencia (*episteme*) y la “opinión” (*doxa*). De acuerdo con Platón, son cuatro los grados del conocimiento que nos permiten comprender la realidad, ya sea en el plano de lo sensible (las cosas) o en el de lo inteligible (las ideas):

1. Imaginación (*eikasía*), que toma imágenes sensibles aisladas.
2. Creencia (*pístis*), que toma los objetos que dan origen a dichas imágenes.
3. Razón discursiva (*dianoia*), que es el conocimiento de los objetos matemáticos.
4. Entendimiento (*noûs*), que aprehende las ideas.

Los dos primeros grados del conocimiento constituyen la opinión (*doxa*); y los restantes constituyen la ciencia (*episteme*). Por ello, Platón afirma que el ejercicio del poder político y del gobierno debería corresponder a los filósofos, depositarios de la *episteme*. Por el contrario, en las

vida: Horacio. Éste descubrió que su hermana se había comprometido con uno de los Curatii, es decir, uno de los enemigos. Para vengarse mató a su hermana. Fue declarado culpable de asesinato, pero consiguió que se suspendiese la sentencia de muerte.

sociedades modernas occidentales se impone la democracia representativa que se caracteriza no como gobierno del saber, sino como *gobierno de la opinión*: en una comunidad política es suficiente con que el público tenga opiniones.

Calasso es devastador ante esta perspectiva:

La historia de lo obvio es la historia más oscura. No hay nada más obvio que la opinión, término que la propia opinión considera inocuo, aparecido para abarcar áreas inmensas de lo que se puede decir: los vastos pastos de la opinión son un orgullo de la civilización. [...] Resta la opinión: dominadora de todos los regímenes, sin perfil, en todos los lugares y en ninguno, su presencia es tan excesiva que sólo permite una teología excesiva.⁴

Desde el momento en que la opinión acepta cualquier sentido y absorbe el pensamiento reproduciéndolo en términos similares, es muy difícil reconocerla. De tal suerte que si pretendemos desvelar este concepto, se impone como tarea principal explicar el paso de la *alétheia* a la *doxa*. Parménides arroja luz al respecto:

Es preciso que lo aprendas todo, / tanto [aquello en] que el corazón no tiembla en la bella esfera de la Verdad, / como la opinión de los mortales, en que no hay auténtica certeza. / Pero también deberás estudiar cómo las apariencias / han de afirmarse gloriosamente pasando por todo y a través de todo.

En este sentido, la Verdad y la Opinión se afirman en la copertencia del ser y del parecer. La *doxa* de Parménides es todavía opinión-apariencia; Calasso dirá que aún no se ha planteado el enfrentamiento entre palabra y cosa.⁵ La *doxa* se convierte en imagen y discurso de la apariencia: en ella se expresa el todo mediante los nombres y las formas. Asimismo, en la *alétheia* el todo es reconocible a través de diversos

⁴ Roberto Calasso, *Los cuarenta y nueve escalones*, "De la opinión", Barcelona, Anagrama, 1994, p. 83.

⁵ *Ibid.*, p. 90.

símbolos y, por lo tanto, de diversas interpretaciones de lo que denominamos realidad. Aquí se debería imponer una hermenéutica filosófica de la opinión pública.

Sin embargo, el desarrollo posterior del pensamiento occidental en lugar de reconocer la doble afirmación de *alétheia* y *doxa*, afirmó la insuperable oposición entre ambas. Gorgias es la figura que representa la ruptura del vínculo entre opinión y apariencia, impidiendo mantener unidas a la apariencia y la Verdad. Como dice Marcel Detienne:

Para Gorgias y el pensamiento retórico, la *doxa* es del todo frágil e inestable; quien la sigue no alcanza más que posiciones en desequilibrio; [...] lejos de pertenecer al orden de la Episteme, la *doxa* pertenece al orden de *kairos*, “el tiempo de la acción humana posible”, el tiempo de la contingencia y la ambigüedad.⁶

De aquí se desprende el por qué la *doxa* es la forma de conocimiento que conviene al mundo del cambio, de lo inestable, de la contingencia y de la ambigüedad; o sea, una opinión dominante se sustituye fácilmente por otra opinión. Vivimos en el mundo de la *impropiedad* del que nos habló Heidegger. El discurso de la apariencia se transforma en un discurso sobre la apariencia y, de esta manera, en manipulación de la apariencia. La opinión se transforma en *apaté* (engaño). Atravesamos el umbral que desemboca en el *álgebra del poder* (Calasso).

La opinión se ha convertido en un poder autónomo que no se entiende por nada externo a él, sino sólo por la sociedad integrada como conjunto de opiniones. Hoy en día, las opiniones (como, por ejemplo, las vertidas a través de los estudios y sondeos) pueden ser definidas como enunciados que aparecen violenta y espontáneamente, haciendo de lado cualquier conciencia. Esto lo entendió muy bien Karl Kraus, quien nos puso en guardia contra la falacia de la opinión pública: “Este antiperiodista vienés convirtió en cruzada su lucha contra la degradación cultural de lo

⁶ Marcel Detienne, *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, España, Taurus, 1983, p. 117.

real que impone la Prensa, no la de izquierda o derecha, la buena o la mala, sino el periodismo en sí".⁷

De 1899 a 1936, Kraus publicó en Viena el boletín *Die fackel*, que no era otra cosa que un diario sobre los diarios. En él descubrió precisamente que la opinión puede hablar de todo, pero no puede decirlo todo, ya que ésta se basa en la *frase hecha*; en otras palabras, una opinión vale lo que cualquier otra. Por ello, Kraus nos previene de "la irrupción de la frase hecha acción" y comenta que "a propósito de Hitler no se me ocurre nada"; el acontecimiento del nacionalsocialismo que al principio acalló, le hizo escribir posteriormente grandiosos comentarios: por ejemplo, "Si la humanidad no dispusiera de frases hechas, no necesitaría las armas, y "...el nacionalsocialismo no ha aniquilado la prensa, sino que es la prensa la que ha creado el nacionalsocialismo. Sólo aparentemente como reacción; en realidad como satisfacción".

La autorregulación de una sociedad que se sustenta en las opiniones, es un organismo que se alimenta de las tensiones y contradicciones que genera ininterrumpidamente en su seno. Así, la opinión pública funciona como disuasión o represor del pensamiento individual; esto es, bloquea cualquier intento de expresar una peculiaridad no sumisa a lo universal de las opiniones.

Para concluir, diremos con Kraus:

El mundo está sordo por el sonido. Yo estoy convencido de que los acontecimientos ni siquiera acontecen, sino que los clichés trabajan autónomamente. O que si los acontecimientos acóntecen sin intimidación por parte de los clichés, un día dejarán de acontecer, el día que los clichés se rompan. El lenguaje ha podrido a la cosa. El tiempo tiene hedor de frase.⁸

⁷ *Op. cit.*, Savater, p. 142.

⁸ *Op. cit.*, Kraus, p. 57.